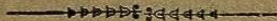


tiva formal á aquellas dos proposiciones. Esta respuesta la dirigió el duque directamente á Luis XVI y no á su ministro, y aquel infortunado rey conoció así la última palabra del partido constitucional, y cuan vacilante estaba ya en su cabeza una corona, que se ofrecía en perspectiva á la ambicion de un enemigo.



LIBRO SESTO.

Aspecto de las primeras sesiones de la Asamblea legislativa.—Se discute si debe haber ceremonial de apertura.—El rey se presenta en la Asamblea y es recibido con aplausos.—Dificultades de la Asamblea.—El clero, la emigracion, la guerra.—Parte del clero se declara contra el juramento civil.—Discurso de Fauchet, sacerdote juramentado.—Respuesta de Torné, obispo constitucional de Bourges.—Ducós pide que se imprima este discurso.—Gensonné aconseja la tolerancia.—Isnard lo combate y es aplaudido por los girondinos.—Decreto contra los sacerdotes no juramentados.—Discurso de Brissot contra las potencias y los emigrados.—Otro de Condorcet en el mismo sentido.—Vergniaud sube á la tribuna.—Su retrato.—Discurso del mismo.—Otro de Isnard.—Decreto contra los emigrados.—Estos dos decretos consternan al rey y á su consejo.—Carta de Andrés Chenier sobre la libertad de cultos.—Lucha de los periódicos jacobinos y girondinos contra los fuldenses.—La Fayette entrega el mando de la guardia nacional.—Bailly, corregidor de París, se retira al mismo tiempo.—Petion le sustituye.—Danton, como sustituto del procurador del distrito, empieza su fortuna popular.

I.

Tales eran las disposiciones recíprocamente amenazadoras de la Francia y de la Europa, en el momento en que la Asamblea constituyente despues de haber proclamado los nuevos principios dejaba á otros el encargo de defenderlos y aplicarlos á manera del legislador que se retira á descansar á su hogar para contemplar desde allí el modo con que se ejecutan las leyes confecciona-

das por él. El gran pensamiento de la Francia abdicaba, por decirlo así, con la Asamblea constituyente. El gobierno pasaba de unas manos hábiles á otras inesperadas ó apasionadas por un nuevo pueblo. Desde el 29 de setiembre al 1.º de octubre hubo una especie de cambio de reinado y la Asamblea legislativa se halló aquel día frente á frente de un rey sin autoridad y por encima de un pueblo sin moderación. Desde la sesión preparatoria se conoció ya la oscilación desordenada de un poder sin tradición y sin contrapeso que busca su aplomo en su propia sabiduría, y que fluctuante entre el insulto y el arrepentimiento, se hiere á sí mismo con el arma que han colocado en sus manos.

II.

Una inmensa multitud había acudido á estas primeras sesiones. El aspecto exterior de la Asamblea, había cambiado completamente; todas las canas que antes la honraban habían desaparecido, y cualquiera hubiese dicho que la Francia se había rejuvenecido en sola una noche. La expresión de las fisonomías, los rasgos, los ademanes, los trages y la actitud de los miembros de la Asamblea no eran ya los mismos. Aquella altivez de la nobleza francesa tan marcada en sus miradas como en sus maneras; aquella dignidad del clero y de la magistratura y aquella gravedad austera de los primeros diputados del estado llano habían sido reemplazadas de repente por los representantes de un pueblo nuevo, cuya confusión y turbulencia anunciaban en ellas la invasión del poder, mas bien que el hábito y la posesión de gobernar. Había, sobre todo, gran porción de diputados jóvenes, de modo, que cuando el presidente de edad, trató de formar la mesa provisional, halló que había sesenta diputa-

dos que aun no habían cumplido veinte y seis años, los cuales se agruparon en derredor de la tribuna, disputándose el cargo de secretarios de la Asamblea. La poca edad de la mayor parte de los representantes de la nación, inquietó á unos y regocijó á otros. Si por una parte unos representantes tan jóvenes no ofrecían aquella madurez y aquella autoridad que da el tiempo y la experiencia, y que tan buscadas eran por los legisladores de los tiempos antiguos para los que habían de tomar parte en los consejos de los pueblos, había por otro lado en aquel renacimiento repentino de la representación nacional, una especie de sintoma del renacimiento completo de las instituciones. Conocíase que aquella nueva generación había roto con todas las tradiciones y con todas las preocupaciones del antiguo orden de cosas, su misma edad era una garantía contraria á la que se exige en los pueblos sólidamente establecidos, en los que se requiere en los legisladores cierta edad y cierta experiencia que son una garantía de su vida pasada. A estos se les pedían garantías para el porvenir, su misma inesperienza era un mérito, y su juventud el mejor juramento que podían prestar. En tiempos pacíficos se necesitan hombres ya maduros para gobernar, en épocas de revolución no se quiere sino jóvenes.

Apenas estaba constituida la Asamblea, cuando el doble espíritu que iba á disputarse sus actos, es decir, el monárquico y el republicano, se entregaron bajo un pretexto frívolo á una lucha pueril en la apariencia, seria en el fondo, y en la que alternativamente fueron vencidos y vencedores los unos y los otros, en dos días consecutivos.

La diputación que había ido á anunciar al rey que la Asamblea se hallaba constituida, dió cuenta de su misión por conducto del diputado Ducastel, presidente de aquella comisión. «Hemos vacilado, dijo, con respecto á las formas del lenguaje que debíamos usar para hablar al rey,

porque hemos temido herir la dignidad nacional, ó la de S. M. Asi es, que hemos convenido en decirle: Señor: la Asamblea se halla constituida, y nos ha comisionado para que informemos de ello á V. M. Con este intento nos hemos dirigido á las Tullerías, y allí nos ha dicho el ministro de Justicia, que el rey no podrá recibirnos hasta la una de la tarde. Nosotros hemos pensado, que la salvacion de la causa pública exigia que fuésemos admitidos inmediatamente, por lo cual hemos insistido sobre el particular. El rey nos ha hecho decir entonces que nos recibiria á las nueve. Cuatro pasos antes de llegar al rey, le he saludado y he dicho las palabras que habiamos convenido. Entonces el rey me ha preguntado, como se llamaban mis colegas, y yo le he dicho que no lo sabia. Ibamos ya á retirarnos, cuando S. M. nos ha delectado diciéndonos: «No podré veros hasta el viernes.»

Una agitacion sorda que reinaba en los bancos de la Asamblea estalló de repente al oír estas últimas palabras. «Pido, dijo un diputado, que no vuelva á darse al rey el título de magestad.—Pido, dijo otro, que se suprima ese título de señor, con el cual se reconoce la soberanía de aquel á quien se le da.—Pido, dijo Becquet, que no seamos como autómatas, que estemos sentados ó de pie, cuando le de al rey la gana de estar de pie ó de sentarse.»

Couthon habló por primera vez, y empezó su discurso por una amenaza á la dignidad real. «Aquí no hay ya otra magestad, dijo, que la de la ley y la del pueblo; no dejemos otro título al rey, que el de rey de los franceses. ¡Mandad que se saque de hay ese sillón escandaloso, ese asiento dorado que se le puso la última vez que compareció en esta sala; que se tenga por honrado con sentarse en el simple sillón del presidente de un gran pueblo, y que todo el ceremonial entre él y nosotros respire la mas completa igualdad; mantengámonos de pie y descubiertos cuando el esté descubierto y en pie, pero permanezcamos

sentados y cubiertos, cuando él se siente y se cubra.—El pueblo, dijo Chalot, os ha enviado aquí para que hagais que se respete su dignidad. ¿Permitireis que el rey os diga vendré á las tres? ¿Vosotros podeis levantar la sesión cuando querais sin aguardarle!»

Decretóse entonces que cada uno podia sentarse y cubrirse delante del rey si le acomodaba hacerlo. «Este artículo, observó Garran de Couthon puede producir una especie de confusion en la Asamblea. Dejando á todos la libertad de obrar como quiera, se da motivo para que unos manifiesten á las claras su altivez, al paso que otros darán muestras de una especie de idolatría hácia la persona del rey.—Tanto mejor, dijo una voz, si hay adulares, es preciso conocerlos.» Tambien se decretó que no habria mas que una mesa, y en ella dos sillones iguales, colocados en una misma línea, uno para el presidente y otro para el rey, y finalmente, que no se le daria á este otro título que el de rey de los franceses.

III.

Estos decretos humillaron al rey, consternaron á los constitucionales y agitaron al pueblo. Se habia esperadó poder restablecer la armonía entre los poderes y esta se veia rota desde el primer dia. La Constitucion empezaba por tropezar al dar el primer paso, y esta caducidad de sus títulos, parecia un abatimiento mayor para la autoridad real, que la caducidad de su poder absoluto. «¿No hemos conservado un rey, decian algunos, sino para entregarle á los ultrajes y á la irrisión de los representantes del pueblo? ¿Una nación que no se respeta á sí misma en su gefe hereditario, irá á respetarse en unos representantes que ha elegido ella misma? ¿Semejantes ultrajes son á propósito para que el trono acepte gustoso la liber-

tad? ¿Se logrará que el rey quiera de corazón la Constitución, y que concorra lealmente á sostener los derechos del pueblo, y á salvar á la nación, cuando se empieza por sembrar en su corazón unos resentimientos de esta naturaleza? Si el poder ejecutivo es una realidad necesaria, preciso es respetarle en la persona del rey. Si no es mas que una sombra, tambien debe honrárselo en la misma.» Reunióse el consejo de ministros, y el rey declaró con amargura, que no se creia condenado por la Constitución, á ir á entregar en su persona la magestad real á los ultrajes de la Asamblea, por lo cual haria abrir el Cuerpo legislativo por los ministros.

Esparecida esta noticia por Paris, produjo una reaccion súbita en favor del rey. La Asamblea vacitante todavía, la sintió de rechazo y conoció que se le iba la popularidad que habia tratado de buscar, por lo cual cedió. «¿Qué ha resultado del decreto de ayer?» dijo el diputado Vosgien al abrirse la sesion del 6 de octubre «Una nueva esperanza para los enemigos del bien público, la agitación del pueblo, la baja de los fondos, y una inquietud general. Volvamos al representante hereditario del pueblo lo que le pertenece en nuestro respeto, y no le hagamos creer que va á ser el juguete de cada nueva legislatura que se abra. Ya es tiempo de que echemos el áncora de la Constitución.»

Vergniaud, orador todavía desconocido del partido de la Gironda, descubrió desde sus primeras palabras aquel carácter audaz é indeciso que fué el tipo constante de su política. Su palabra fluctuaba como su alma, y empezando por hablar en pro de un partido, concluyó hablando en favor del otro. «Parece que estamos de acuerdo, dijo, en que si el decreto es de reglamento interior puede ejecutarse inmediatamente: ahora para mí, es evidente que solo es de reglamento interior, puesto que no hay ninguna relacion de autoridad entre el Cuerpo legislativo y el rey. No se trata pues, sino de unas simples consideracio-

nes que se reclaman en favor de la dignidad real. Yo no sé por qué hay quien desee que se restablezcan esos títulos de *señor* y de *magestad*, que nos recuerdan los tiempos feudales. El rey debe honrarse con el nombre de rey de los franceses. Yo pregunto ahora si el rey os ha pedido un decreto para arreglar el ceremonial de su casa, cuando recibe en ella á vuestras diputaciones. Sin embargo, si os he de decir francamente mi parecer, yo pienso, que si el rey por consideracion á la Asamblea, se mantiene en pie y descubierto, la Asamblea debe hacer lo mismo, por consideracion al rey.»

Herauld de Sechelles pidió que se revocase el decreto. Champion, diputado del Jura, echó en cara á sus colegas que empleasen tan mal el tiempo desde las primeras sesiones, ocupándose en unos debates tan pueriles. «No temo, dijo, la idolatría del pueblo por un sillón dorado, pero si temo una lucha entre dos poderes. Vosotros no quereis que vuelvan á usarse los títulos de *señor* y de *magestad*, y hasta pretendeis que no se den aplausos al rey, como si fuese posible prohibir al pueblo que le manifieste su reconocimiento siempre que el rey lo haya merecido. No nos deshonremos, señores, por una ingratitud culpable hácia la Asamblea nacional que ha conservado al rey aquellas señales de respeto, ¡Los fundadores de la libertad no han sido unos esclavos! Antes de fijar las prerrogativas de la dignidad real han establecido los derechos del pueblo. La nación es la que se honra en la persona de su representante hereditario, y ella es la que despues de haber creado la dignidad real, la ha revestido de un brillo que remonta hasta su origen y que resalta de lleno sobre ella.

Ducastel, presidente de la comision enviada al rey, habló en el mismo sentido, pero habiéndose servido por inadvertencia de la palabra *soberano* al hablar del rey, y habiendo añadido, que el poder legislativo residia en éste y en la Asamblea, esta blasfemia política produjo

una terrible borrasca en el salon. Toda palabra mal sonante parecia una intencion contrarrevolucionaria, porque estaba aun tan inmediato el régimen abolido, que se temia volver á él á cada paso. El pueblo ere un liberto de ayer que se sobresaltaba al ruido mas insignificante de las cadenas. Sin embargo, el decreto que heria la magestad real fué revocado. Esta retractacion fué acogida con alegría por los realistas y por la guardia nacional. Los constitucionales vieron en ella un vaticinio de una nueva armonia entre los poderes del Estado, y el rey el triunfo de una fidelidad mal estinguida, pero que cualquiera tentativa de ultraje contra su persona avivaba de nuevo en los corazones.

Todos se engañaban. Esto no era mas que un movimiento de generosidad que habia reemplazado á otro de aspereza. Era, en fin, la indecision de un pueblo que no se atreve á destruir de golpe, lo que ha adorado por mucho tiempo.

Entretanto los realistas abusaban en sus periódicos de esta tendencia á la moderacion. «La revolucion es cobarde, decian, porque conoce su debilidad, y este sentimiento es ya para ella una derrota anticipada. ¡Ved los dos *mentís*, que se ha dado á sí misma en dos dias consecutivos! Cualquiera autoridad que empieza á ablandarse está perdida, á menos que tenga el arte de saber disfrazar su retirada, de retroceder á paso lento é insensible y de hacer que se olviden sus leyes antes que retractarlas. La obediencia no conoce sino dos resortes: el respeto y el temor. Los dos se han roto á la vez con esa retrogradacion brusca y violenta de la Asamblea. ¿Puede respetarse ó temerse á un poder que se dobla ante el espanto producido por su misma audacia? La Asamblea ha abdicado en el solo hecho de no haber llevado á cabo lo que habia osado intentar. Toda revolucion que no adelanta retrocede, y el rey ha quedado vencedor sin haber combatido.»

El partido revolucionario reunido por la noche en los Jacobinos lamentaba su derrota y acusaba y acriminaba á todo el mundo. ¡Ved, decian sus oradores, lo que se ha minado en sola una noche! ¡Ved la victoria producida por la corrupcion y por el miedo! Se ha visto á los miembros de la antigua asamblea que mezclados con los nuevos diputados han ido soplándoles al oido todas esas condescendencias que les deshonoran. Repartidos por la noche despues de la sesion entre los grupos que se habian formado delante del Palacio Real, han sembrado en ellos la alarma. Han hablado de la posibilidad de que el rey vuelva á fugarse, han vaticinado la turbacion y la anarquía, y han hecho temer á ese pueblo de París que prefiere su bienestar particular á las libertades públicas, que ha desaparecido la confianza, que los fondos públicos han bajado y continuarán bajando considerablemente, y que el numerario será cada dia mas escaso. ¿Ha resistido jamás esa raza venal á semejantes argumentos?

El espíritu de París se manifestaba á las claras al dia siguiente en la actitud y en los discusos de la Asamblea. «Al abrirse la sesion, dice un jacobino, yo me coloqué entre los diputados que hablaban de los medios que podrian emplearse para hacer revocar el decreto. Yo les dije, que habiéndose dado el dia antes casi por unanimidad, parecia imposible poder contar con una vuelta tan súbita y tan escandalosa de opinion. Estamos seguros de la mayoría, me respondieron. Entonces me marché de allí y fui á sentarme en otra parte donde oí hablar en el mismo sentido. Aburrido de oír respirar á todos de una misma manera, fui á refugiarme á aquella parte del salon que ha sido por tanto tiempo el santuario del patriotismo, pero allí tambien hallé la misma apostasia que en todas partes, porque todos se habian vendido aquella noche. La prueba de que este trabajo de corrupcion se habia llevado á cabo antes de deliberar, es que todos os oradores que han hablado en contra de los decretos,

tenian en la mano sus discursos escritos. ¿De dónde procede esa sorpresa de los patriotas? ¿Los miembros puros de la legislatura no se conocen unos á otros? ¿No se han encontrado ni se han hablado hasta ahora? Cierto es que vosotros les habeis abierto las puertas, y que ellos han entrado aquí para examinar vuestro continente y sondear vuestras fuerzas, pero todavía no se han afiliado, ni han mamado aun, frecuentando vuestro trato y acostumbándose á vuestros discursos, aquella confianza y aquel patriotismo que son la segunda alma de un ciudadano.» El pueblo, que despues de tantas agitaciones deseaba el descanso, que le faltaba trabajo, dinero y pan, intimidado además por la aproximacion del invierno, vió con indiferencia la tentativa y la retractacion de la Asamblea, y dejó maltratar impunemente á los diputados que habian sostenido los decretos. Goupilleau, Couthon, Basire y Chabot, fueron maltratados en el seno mismo de la Asamblea, por los oficiales de la guardia nacional. «Andad con cuidado, les decian aquellos soldados del pueblo ganados por el trono, nosotros no queremos que la revolucion dé ni un paso mas.—Ya os conocemos y os seguiremos la pista, y si os descuidais, haremos que probeis nuestras bayonetas.» Los diputados ultrajados, secundados por Barrere, fueron á denunciar aquellas injurias al club de los Jacobinos, pero fuera de aquel recinto nadie se conmovió al oirlas, ni obtuvieron otra cosa que escitar alguna indignacion estéril.

IV.

Tranquilizado el rey al ver el nuevo giro que iba tomando el espíritu público, se presentó el 7 en la Asamblea. En cuanto entró fué saludado con una nube de aplausos, unos dados al rey, y otros dados en el rey á la

Constitucion. Este código inspiraba entonces un fanatismo verdadero á esa masa inerte que juzga de las cosas por las palabras, y que cree imperecedero todo lo que la ley proclama como sagrado. No se contentaron solo con gritar ¡viva el rey! sino que añadieron tambien ¡viva S. M.! Las aclamaciones de una parte del pueblo, vengaban las ofensas de la otra y hacian revivir aquellos títulos, que se habian querido suprimir con un decreto. Hasta se aplaudió la reinstalacion del sillón real al lado del presidente, pareciéndoles á los realistas que aquel sillón era un trono en que la nacion volvía á sentar á la monarquía. El rey habló en pie y descubierto. Su discurso fué el mas á propósito para tranquilizar los ánimos y enternecer los corazones. Si no respiraba entusiasmo, dejaba ver al menos la buena fé del que lo decia.

«Para que nuestros trabajos, dijo, produzcan todo el bien que de ellos debe esperarse, es preciso que entre el Cuerpo legislativo y el rey, reine una constante armonia y una inalterable confianza. Los enemigos de nuestro reposo trabajarán sin descanso por desunirnos. Pero unámonos por amor á la patria, y seamos inseparables en trabajar por los intereses públicos. De este modo el poder obrará sin obstáculo, la administracion no se verá atormentada por vanos temores, y las propiedades y las creencias de cada uno serán protegidas con la mas estricta igualdad. A nadie le quedará ya pretexto para vivir lejos de un país en que las leyes estarán en todo su vigor, y en donde todos los derechos serán igualmente respetados.» Esta alusion á los emigrados, y esta llamada indirecta á los hermanos del rey, infundieron una gran alegría en todos los que se hallaban allí presentes y les hicieron concebir mil halagüeñas esperanzas.

El presidente Pastoret, constitucional moderado, hombre que era grato al rey y al pueblo, porque al conocimiento de las doctrinas del poder, reunia la habilidad del diplomático, y el lenguaje del hombre constitu-

cional, contestó en estos términos: «Señor, vuestra presencia en medio de nosotros, es otro nuevo juramento que prestais á la patria. Los derechos del pueblo estaban olvidados, y todos los poderes se hallaban confundidos. Ha nacido una nueva Constitución, y con ella la libertad francesa. Vos debéis quererla como ciudadano, como rey debéis sostenerla y defenderla. Lejos de debilitar vuestro poder, lo asegura y os da por amigos á los que en otros tiempos se llamaban vasallos vuestros. Vos necesitáis ser amado de los franceses, según decíais pocos días ha en este templo de la patria. Nosotros también necesitamos ser amados de vos. La Constitución os ha hecho el primer monarca del mundo, vuestro amor hácia ella colocará á V. M. en el número de los reyes más queridos. Fuertes por nuestra unión, experimentaremos bien pronto su saludable influencia. Purificar la legislación, reanimar el crédito público y comprimir la anarquía, tal es nuestro deber, tales nuestros votos y tales los vuestros, señor: las bendiciones de los franceses serán nuestra recompensa.

Los sucesos de este día volvieron á abrir los corazones del rey y de la reina á la esperanza, porque creyeron haber vuelto á encontrar su pueblo. La revolución también creyó haber encontrado á su rey. Los recuerdos de Varennes parecieron sepultados para siempre en el olvido. La popularidad tomó uno de aquellos giros fugaces, parecidos al soplo benéfico de un viento que purifica la atmósfera por un momento, y que engañó aun á los mismos que habían aprendido á desconfiar de ella. La familia real quiso no obstante disfrutar de los goces que este cambio le proporcionaba, ó por mejor decir, quiso que disfrutasen de ellos, el Delfín y Madama. Estos dos niños no conocían del pueblo sino su ira, y no habían visto la nación sino al través de las bayonetas del 6 de octubre, bajo los harapos, en los motines, ó en el polvo del camino, al volver de Varennes. El rey que-

ría que lo viesen en medio de la calma y del amor, porque educaba á su hijo para que amase á aquel pueblo y no para que vengase las ofensas que de él había recibido. En su suplicio diario lo que más le atormentaba no eran sus propias humillaciones, sino la ingratitud del pueblo. Le era aun más duro el que la nación desconociese el amor que él la profesaba, que el verse perseguido por ella; y un momento solo en que la opinión pública le hiciese justicia, bastaba para hacerle olvidar dos años de continuados ultrajes. Aquella noche fué el rey al teatro Italiano, con la reina, con madama Isabel, y con sus hijos. Las esperanzas del día, sus palabras de por la mañana, sus facciones llenas de bondad y de confianza, la belleza de las dos princesas y la sencilla gracia de los niños, produjeron en los espectadores una de esas impresiones en que se halla mezclada la compasión con el respeto, y en las que el entusiasmo ablanda el corazón hasta el enternecimiento. El teatro resonó con repetidos aplausos, entre los que se distinguían algunos sollozos, y los ojos de todos los circunstantes, vueltos hácia el palco real, parecían querer ofrecer al rey y su familia una muda reparación de tantos insultos. La multitud no resiste jamás al aspecto de los niños, porque en toda multitud se encuentran madres. El Delfín, niño encantador, estaba sentado en las rodillas de la reina, ya bsorto al ver accionar á los actores, repetía sencillamente á su madre los gestos que les veía hacer como para que comprendiese la pieza. Esta calma indiferente de la inocencia entre dos tempestades, estos juegos de un niño al pie de un trono que debía convertirse tan pronto en un patíbulo, aquella expansión del corazón de la reina cerrado por tanto tiempo á todo gozo y á toda seguridad, todo esto hacia asomar las lágrimas á los ojos de los espectadores, y el mismo rey las derramó en abundancia. Hay momentos en las revoluciones, en que la turba más irritada se vuelve dulce y misericordiosa; esto sucede cuando deja hablar á

la naturaleza, y hace enmudecer á la política; cuando en vez de tener el sentimiento de pueblo, tiene solo el de hombre. Paris tuvo uno de estos momentos, pero fué de corta duracion.

V.

La Asamblea estaba deseosa de apoderarse cuanto antes de la pasion pública, que un eternecimiento pasagero la arrebatava. Ruborizabase ya de su moderacion de un dia, y trataba de sembrar nuevas sospechas entre el trono y la nacion. Un partido numeroso de su seno queria llevar las cosas al estremo, y apurar la situacion hasta hacerla estallar. Necesitaba este partido mucha agitacion, y la calma no convenia á sus intentos. Habia en él ambiciones elevadas, como los talentos de los que las poseian, ardientes como su juventud, impacientes, como su sed de brillar en la situacion. La Asamblea constituyente, compuesta de hombres maduros, de cierta posicion en el Estado y de alguna distincion en la gerarquía social, no habia tenido otra ambicion, que la de las ideas de libertad y de gloria; la nueva Asamblea ambicionaba el ruido, la fortuna y el poder. Compuesta de hombres oscuros, pobres y desconocidos, aspiraba á conquistar lo que le faltaba.

Este último partido, del qual era Brissot el publicista, Pétion la popularidad, Vergniaud el genio, y los girondinos el cuerpo, se presentaba en la escena con la audacia y la unidad de una conjuracion. Era el paisanage triunfante, envidioso, inquieto y elocueate, ó la aristocracia del talento, queriendo conquistar y explotar para sí sola la libertad, el poder y el pueblo. La Asamblea se componia en partes desiguales, de tres elementos: los constitucionales, partido de la libertad aristocrática y

de la monarquía moderada; los girondinos, partido de movimiento continuo, hasta que la revolucion viniese á parar á sus manos. Los jacobinos, partido del pueblo y de la filosofía en accion: significaba el primero transaccion y transicion; el segundo audacia é intriga; el tercero fanatismo y decision. De estos dos últimos partidos no era el jacobino el mas hostil al rey. Una vez destruidas la aristocracia, y el clero no le repugnaba el trono á este partido; poseia en alto grado el instinto de la unidad del poder, y no fué él quien primero pidió la guerra, ni el que pronunció la primera palabra de república, lo que si fué el primero en pronunciar, y eso con bastante frecuencia, fué la voz dictadura; la palabra república, pertenece á Brissot y á los girondinos. Si estos á su advenimiento á la Asamblea, se hubiesen unido al partido constitucional para salvar la Constitucion modificándola, y no induciendo á la revolucion á declarar la guerra, hubieran salvado su partido y dominado al trono. La hombría de bien de que carecia su jefe, faltó tambien en la conducta que siguieron, y la intriga los arruinó arrastrándolos en pos de sí. Ellos se constituyeron en agitadores de una Asamblea, cuyos hombres de Estado debian haber sido, y no teniendo la fé de la república, aparentaron tener la conviccion de ella. En las revoluciones, los papeles sinceros son los únicos papeles hábiles. Es muy hermoso morir víctima de su fé, pero es muy triste perecer engañado por la ambicion.

VI.

Tres causas de turbacion agitaban los espíritus en el momento en que la Asamblea se encargaba de los negocios: el clero, la emigracion y una guerra inminente.

La Asamblea constituyente habia cometido una gran

falta deteniéndose á medio camino en la reforma del clero francés. El mismo Mirabeau habia cedido en esta cuestion. La revolucion no era en el fondo sino la insurreccion legitima de la libertad politica contra el despotismo, y de la libertad religiosa contra el dominio legal del catolicismo, convertido en Francia en una especie de institucion politica. La Constitucion habia emancipado al ciudadano, era preciso emancipar al fiel, y arrancar las conciencias al Estado, para devolverlas á ellas mismas, á la razon individual y á Dios. Esto es lo que queria la filosofia, que no es más que la expresion racional del genio.

Los filósofos de la Asamblea constituyente retrocedieron ante las dificultades de esta obra; en lugar de una emancipacion, hicieron una transaccion con el poder del clero, que consistia en las influencias terribles de la corte de Roma y los hábitos inveterados del pueblo. Se contentaron con aliojar el lazo que unia al Estado con la iglesia, y su deber era romperle. El trono estaba encadenado al altar, y ellos quisieron encadenar el altar al trono, lo cual no era mas que hacer mudar de sitio á la tirania, haciendo oprimir la conciencia por la ley, en vez de hacer oprimir á la ley por la conciencia.

La Constitucion civil del clero, fué la expresion de esta falsa situacion reciproca. El clero fué despojado de aquellas dotaciones en bienes inalienables que diezaban la propiedad y la poblacion en Francia. Se le quitaron sus beneficios, sus abadías y sus diezmos, que eran los feudos del altar, señalándose en cambio una dotacion que debia gravitar sobre los presupuestos, como condicion de este pacto que dejaba al clero funcionario una existencia, una influencia y un personal poderoso de ministros del culto pagados por el Estado, y solo se le exigió que prestase juramento á la Constitucion. Contenia esta ciertos artículos que atentaban á la supremacia espiritual, y á los privilegios administrativos de la corte de

Roma. El catolicismo se alarmó al ver esto, y protestó. Las conciencias padecieron mucho con esta protesta, y la revolucion, que hasta entonces habia sido exclusivamente politica, se convirtió en cismática en el concepto de una gran parte del clero y de los fieles. Tanto los obispos como los sacerdotes, se dividieron en opinion, y unos prestaron el juramento civil que les garantizaba su existencia, y los otros se negaron á hacerlo, ó se retractaron despues de haberlo prestado. De aqui, la turbacion en los espiritus, la agitacion en las conciencias y la division en los templos. La mayor parte de las parroquias tuvieron dos ministros del culto: el uno un sacerdote constitucional asalariado y protegido por el gobierno; el otro un refractario que se llegaba á prestar el juramento, y que privado de sus temporalidades, y arrojado de la iglesia, levantaba altar contra altar, en alguna capilla clandestina, ó en medio del campo. Estos dos ministros de un mismo culto, se excomulgaban reciprocamente: el uno en nombre de la Constitucion, el otro en el del papa y en el de la iglesia. La poblacion se unia á cualquiera de los dos, no por iguales partes si no segun el espíritu mas ó menos revolucionario de la provincia. En las ciudades y en los paises afectos al nuevo sistema, el culto constitucional se ejercia casi exclusivamente. En los campos y en los departamentos adictos á las tradiciones de sus mayores, el sacerdote no juramentado se convertia en un tribuno sagrado, que desde el pie del altar, ó desde lo alto del pulpito, agitaba al pueblo y le inspiraba con el horror al sacerdocio constitucional y cismático el odio al gobierno que lo protegía. Esto no era todavía, ni la persecucion, ni la guerra civil, pero eran preludios ciertos de ambas cosas.

El rey habia firmado con repugnancia, y como forzado, la Constitucion civil del clero; pero esto lo habia hecho únicamente como rey, reservándose en esta materia su libertad individual y la fé de su conciencia. Luis

era cristiano católico, en toda la sencillez del Evangelio y en toda la humildad de la obediencia, con respecto á la iglesia; las reconvenciones que se le habian hecho de Roma por haber ratificado con su debilidad el cisma en Francia, desgarraban su conciencia y agitaban continuamente su espíritu. No habia dejado de negociar oficial ó secretamente con el papa, para obtener de la cabeza de la iglesia ó una indulgente concesion á las necesidades de la religion en Francia, ó una prudente con-temporizacion. Solo á este precio podia volver á hallar la paz de su alma. Roma no habia podido concederle sino su compasion. Unas bulas fulminantes circulaban entre los sacerdotes no juramentados en las que se anatematizaba á las principales cabezas de los pueblos y únicamente se detenian al pie del trono. El rey temblaba, sin embargo, creyendo verlas caer de un momento á otro sobre su cabeza.

Conocia por otra parte que la revolucion no le perdonaria el que la sacrificase á sus escrúpulos religiosos. Colocado entre las amenazas del cielo y las del pueblo, trataba de diferir con todas sus fuerzas las condenaciones de Roma y las resoluciones de la Asamblea. La Constituyente habia comprendido esta ansiedad de la conciencia del rey y los peligros de la persecucion. Así es que habia dado tiempo al rey y longanimidad á las conciencias, y no habia tocado á la fé del simple fiel. Todo el mundo tenia libertad para orar con el sacerdote que mejor le pareciese. El rey era el primero que habia hecho uso de esta libertad cerrando su capilla de las Tuherias al clero constitucional, y la eleccion de su confesor indicaba suficientemente la eleccion de su conciencia. El hombre protestaba en él contra las necesidades políticas á que tenia que satisfacer como rey. Los girondinos querian obligarle á pronunciarse. Si accedia á lo que estos solicitaban perdía en su dignidad, y si se resistia perdía lo poco que le quedaba de popularidad.

Obligarle á decidirse era un beneficio para los girondinos.

La pasion pública servia á sus intentos. Los disturbios religiosos empezaron á tomar un carácter político. En la antigua Bretaña miraba el pueblo con horror á los sacerdotes juramentados, cuyas oraciones se tenian por maldiciones, y todo el mundo huía de estar en contacto con ellos, manteniendo los sacerdotes refractarios todo el pueblo á su obediencia. Veíanse reuniones de muchos miles de almas que seguian el domingo á su antiguo pastor, y que iban á buscar, en capillas distantes á veces dos y tres leguas de los pueblos, ó en ermitas situadas en la cima de los montes, un santuario que no se hallase profanado por las ceremonias del culto constitucional. En Caen habia corrido la sangre en la misma catedral, en donde el sacerdote refractario disputaba el altar al sacerdote juramentado. Iguales desórdenes amenazaban á todo el reino, porque todos los rebaños se hallaban divididos y en todos habia dos pastores. Del odio se pasó al insulto, y de aqui debia pasarse bien pronto al derramamiento de sangre. Una mitad del pueblo, inquieta por su fé, se decidió por la aristocracia, porque creia que conservándose esta se conservaria tambien el culto venerando que habia recibido de sus mayores. La Asamblea podia muy bien perder por esta causa el elemento popular que la habia hecho triunfar del trono, y era preciso proveer á este inesperado peligro.

Dos solos medios habia de extinguir este incendio desde sus principios: ó una libertad de conciencias sostenida fuertemente por el poder ejecutivo, ó una persecucion contra los ministros del antiguo culto. Indecisa la Asamblea, fluctuaba entre estos dos partidos. Por fin se abrió una discusion sobre este particular con presencia de un informe de Gallois y de Genonné, enviados como comisarios civiles á los departamentos del Oeste para que estudiasen allí el espíritu del pueblo y las causas

que le hacian agitarse. Fauchet, sacerdote juramentado y célebre predicador, que fué despues obispo constitucional de Calvados, fué el primero que tomó la palabra. Era este uno de aquellos hombres que bajo el hábito eclesiástico ocultan un corazon de filósofos. Estos hombres, innovadores por espíritu y sacerdotes por su estado, sintiendo la contradiccion profunda que hay entre su opinion y su carácter, creian que una religion nacional y un cristianismo revolucionario era el único medio que les quedaba de conciliar sus intereses con su politica. Su fé, enteramente académica, no era mas que una comodidad religiosa. Querian estos hombres trasformar insensiblemente el catolicismo en un código de moral, en que el dogma no fuese mas que un simbolo que contuviese verdades santas para el pueblo, y que despojado paulatinamente de las funciones sagradas hiciese pasar insensiblemente el espíritu humano á un deísmo simbólico, cuyo único templo sería el púlpito y cuyo Cristo no sería mas que un Platon divinizado. Fauchet tenía el espíritu atrevido de un sectario y la intrepidez de un hombre de revolucion.

VII.

«Si nos acusa, dijo, de que queremos perseguir, es una calumnia y no existe semejante persecucion. El fanatismo tiene avidez por ello, la verdadera religion la rechaza, la filosofia la mira con horror, guardémonos de encarcelar á los refractarios, de desterrarlos y aun de removerlos. Que piensen, que digan y que escriban cuanto quieran contra nosotros. A sus pensamientos opondremos los nuestros, á sus errores nuestras verdades, á su odio nuestra caridad; y el tiempo hará lo demas. Pero mientras llega nuestro infalible triunfo, es preciso hallar un medio eficaz y pronto para impedirles que subleven

los espiritus débiles y que prediquen la contrarevolucion. ¡La contrarevolucion! Esta no es una religion, señores. El fanatismo no es compatible con la libertad. Ved á sus ministros que quisieran nadar en la sangre de sus compatriotas: estas son sus mismas espresiones. En comparacion de estos sacerdotes, los ateos, son unos ángeles. (Aplausos). Sin embargo, vuelvo á repetir que los toleremos, pero que no les paguemos para que destruyan la patria. La única medida á que debemos ceñirnos es á suprimir toda pension sobre el tesoro á los sacerdotes no juramentados. Nada se les debe que no sea á título de servir á la iglesia. ¿Qué servicio es el que prestan? Invocan la ruina de nuestras leyes, en lo cual dicen que siguen lo que les dicta su conciencia. ¿Debemos pagar unas conciencias que se arrojan á los mayores crímenes contra la nacion? La nacion los tolera, ¿no es cierto? Invocan estos hombres en su favor el artículo de la Constitucion en que dice: Los sueldos de los ministros del culto católico, forman parte de la deuda nacional. ¿Son ellos ministros del culto católico? ¿Reconoce el Estado otro catolicismo que el suyo? ¡Si quieren practicar otro, libres son de hacerlo ellos y sus sectarios! La nacion permite todos los cultos, pero no paga mas que uno. Gran fortuna sería para ella el ahorrarse treinta millones de renta que paga tontamente á sus mas implacables enemigos. ¿De qué sirven esas falanges de sacerdotes que han abjurado su ministerio, de qué esas legiones de canónigos y de monges, esas cohortes de abades, de priores y de beneficiados de toda especie, que no siendo notables en otros tiempos sino por su inutilidad, sus intrigas y su vida licenciosa, no lo son hoy sino por su furor, por sus continuas infamaciones y por su cólera implacable contra la revolucion? ¿Por qué hemos de pagar este ejército de la esclavitud con los fondos de la nacion? ¿Qué es lo que hacen para que se les pague? Predican la emigracion, esportan el numerario y fomentan las conjuraciones inte-